

Linda A. Curcio-Nagy. *The Great Festivals of Colonial Mexico City: Performing Power and Identity*. 1ª ed. Albuquerque: University of New Mexico Press, 2004. 222 pp. ISBN.

En consonancia con la ideología de los estudios pioneros de José Antonio Maravall¹ y Ángel Rama,² Linda A. Curcio-Nagy nos presenta su último trabajo sobre la función propagandística de los festivales públicos en la ciudad colonial de México durante los siglos XVI, XVII y XVIII. En este breve, pero documentado volumen, dividido en cinco capítulos precedidos por una detallada introducción y resumidos en una adecuada sinopsis final, la aclamada colonialista estadounidense explora el tremendo poder de atracción de las exuberantes y opulentas fiestas diseñadas por las autoridades locales y analiza las representativas transformaciones de dichos festejos bajo el reinado de dos dinastías reales españolas tan opuestas como las de los Habsburgo y los Borbones. Estas celebraciones eran organizadas con motivo de la jura de posesión de un rey de España allende los mares, del fervor religioso en tiempo de Corpus Christi y especialmente de la llegada del nuevo virrey a la que fuera considerada capital del Nuevo Mundo. Según Curcio-Nagy, dada su infinita capacidad de comunicación, dichas festividades, implantadas en la urbe mexicana desde su conquista por parte de Hernán Cortés en 1521, incluían unos gloriosos espectáculos populares cargados de simbología política y religiosa que, como “tools of cultural hegemony” [armas de la hegemonía cultural] (3), defendían los derechos de la corona española sobre el territorio americano, afianzaban la superioridad de las costumbres y la civilización de los conquista-

¹ 1975. *La cultura del Barroco. Análisis de una estructura histórica*. Esplugues de Llobregat: Ariel.

² 1984. *La ciudad letrada*. Hanover, New Hampshire: Ediciones del Norte.

dores, apoyaban la campaña de evangelización de las instituciones eclesiásticas recién venidas a las Indias Occidentales, disimulaban los posibles conflictos raciales o las crisis económicas o epidémicas, y consolidaban la estricta jerarquía social de la población novohispana. Subvencionadas por el gobierno virreinal para construir una “colonial identity” [identidad colonial] (5) unificada y armónica que sirviera a los intereses de los colonizadores, estas manifestaciones culturales ocupaban un lugar preferencial en la vida cotidiana y en el calendario festivo de los habitantes del Nuevo Continente y así los colonos podían llegar a ser testigos, si se lo propusieran, de hasta un centenar de festividades civiles o religiosas en un año. Tras la aparición de los primeros brotes de independencia, no obstante, el potencial representativo de estos festejos se convirtió en un arma de doble filo ya que, desde entonces, los grupos rebeldes de criollos que aspiraban a conseguir los mismos privilegios que la aristocracia europea lograron hacerse con el control del espacio necesario para estas fiestas y, de esta manera, los escenarios públicos se vieron invadidos por espectáculos satírico-burlescos que parodiaron la injusta y caprichosa autoridad de las instituciones coloniales abogando en favor de la incipiente revuelta y emancipación nacional del territorio americano hasta su consecución en 1821.

Debido a la gran cantidad de festivales celebrados en los primeros años de la colonia mexicana, Curcio-Nagy inicia su trabajo dedicando su primer capítulo, titulado “The Ideal Prince” [El Príncipe Ideal], al estudio de la figura del representante de la corona española en las Indias Occidentales y a los minuciosos preparativos llevados a cabo con motivo de su entrada en la ciudad colonial. En este apartado, Curcio-Nagy tiene sumo cuidado en examinar el apoteósico ritual por el cual se celebraba la venida del nuevo virrey y así realiza un meticuloso análisis del protocolo mediante el cual el gobernador exhibía su magnanimidad —con la liberación, por ejemplo, de algunos prisioneros— y los súbditos en América le mostraban el respeto que le debían al poder imperial. Siendo el embajador del emperador, el nuevo virrey era ensalzado como “a truly superior and virtuous individual” [un ser verdaderamente superior y virtuoso] (18) cuyos principios morales debían asistirle a la hora de gobernar justa y sabiamente los territorios que se le ponían bajo su mando. En esta exaltación, su bienvenida se llenaba de boato —a saber, pirotecnia,

danzas, procesiones y teatro— y de adornos espectaculares entre los que destacaban los dos imponentes arcos triunfales que se elevaban en su nombre a la entrada de la plaza central y enfrente de la catedral de la ciudad. Tales edificaciones venían decoradas con imágenes que asociaban al virrey con las virtudes de las divinidades clásicas y del dogma cristiano y, de esta manera, estos preparativos creaban el contexto perfecto para firmar un “social contract” [contrato social] (21) donde se implantaba la idea de buen gobierno, se requería la protección del virrey, se confirmaban los privilegios exclusivos de las clases eclesiásticas y se renovaban las alianzas entre los vasallos y su generoso soberano mediante la entrega de las llaves de la ciudad y la implicación de todos los estamentos en esta solemne ceremonia.

Esta explícita participación de los pueblos indígenas y de los grupos criollos en las celebraciones del poder del virrey significaba su aceptación de la autoridad imperial y, por ello, Curcio-Nagy reserva su segundo capítulo, titulado “The Perfect Vassal” [El vasallo perfecto], para el estudio del establecimiento de las relaciones vinculantes entre los indios americanos y su gobernador. Para Curcio-Nagy, la particular predisposición de los indígenas para aceptar su sumisión e integrarse en las festividades que rendían pleitesía al nuevo monarca virreinal se debía a la antigua existencia en las sociedades precolombinas de intermediarios del poder del emperador —a saber, el cihuacoatl—. De esta forma, durante los festejos, los nativos no tenían ningún reparo en subordinarse a su superior y en representar sus ritos paganos, vistiendo vestidos autóctonos enfrente de las clases dominantes coloniales y dirigiéndose a ellas en sus lenguas nativas, para prometerles lealtad a cambio de su protección. Esta muestra de obediencia sorprendentemente no distaba mucho de la adoptada en estas mismas ceremonias por los gremios criollos —especialmente los plateros y los herreros— y, por ello, Curcio-Nagy convierte las exuberantes ofrendas laudatorias de los diferentes grupos de artesanos criollos en el objeto de estudio de su cuarto capítulo, titulado “His Majesty’s Most Loyal and Imperfect Subjects” [Los súbditos más leales e imperfectos de su majestad].

Tal fue la opulencia del espectáculo festivo en la ciudad de México que Curcio-Nagy decide concederle un lugar preferencial en su trabajo y así le dedica su tercer capítulo, titulado “Celebrating Apollo”

[Celebrando a Apolo]. Según Curcio-Nagy, el lujo de estas escenas fue aumentando considerablemente hasta llegar a cotas tan altas que la monarquía Borbónica se vio obligada a ponerle límites a los costes de los preparativos de estas entradas triunfales en el siglo XVIII y a recomendar la búsqueda de fuentes extraordinarias de ingresos para subvencionar semejantes eventos con los que se estaba malversando el denario público. Como consecuencia, la política de recortes presupuestarios para estos festejos estableció un tope de 8.000 pesos que, a pesar de ser respetado en muy pocas ocasiones, por un lado, redujo la pomposidad de los adornos —el palio bajo el que caminaba el virrey en las procesiones, por ejemplo, desapareció— y, por otro lado, eliminó parte del contenido simbólico de las imágenes, las cuales ya sólo hacían referencia a la excelsa actividad bélica y política del nuevo gobernante. El virrey dejó de ser un personaje semidivino para convertirse en un mero diplomático de la monarquía española a la otra orilla del Atlántico que no era merecedor de tanta alabanza. Como comenta Curcio-Nagy, más tarde en su cuarto capítulo, el interés estaba ahora centrado en la transmisión de un mensaje reconciliador que mostrara la verdadera espiritualidad difuminada hasta entonces entre tanto ornamento barroco y, por esa razón, las instituciones eclesiásticas y municipales se tuvieron que esforzar para regular y reducir la concesión de licencias necesarias para encargar estas costosas celebraciones en las que desde sus orígenes se había mostrado la espectacular grandeza de la naciente sociedad colonial.

Esta censura tuvo que ser indudablemente muy útil al principio para controlar los conatos de violencia independizadora que empezaron a brotar a partir de la segunda mitad del siglo XVIII. No obstante, con el paso del tiempo este control se vio desbordado e incapaz de silenciar las numerosas revueltas en contra de un proyecto imperial utópico. Así, Curcio-Nagy nos habla de la apropiación del discurso político en la colonia por parte de los grupos resurgentes en un quinto capítulo que titula “Ritual, Satire, and the Coming of Independence” [Rito, sátira y la llegada de la independencia]. Curcio-Nagy investiga el modo utilizado por los rebeldes para invertir la propaganda hegemónica, expresar sus protestas y cuestionar la autoridad española. Al respecto, la autora rescata la valerosa composición poética escrita por Don Hepicurio Almanacer Calancha y San-

tander, quien a finales del siglo XVIII se esmeró en describir la verdadera realidad de la colonia, sacar a la luz las debilidades de estos gobernadores que habían viajado al Occidente exclusivamente en busca de su propia fortuna y criticar el malgasto de bienes por parte de los españoles en época de necesidad. Este desencanto también era compartido y promulgado, en opinión de Curcio-Nagy, por grupos de enmascarados que en representaciones clandestinas en la calle se burlaban del poder colonial y pedían a Dios que los librara del despótico gobierno de estos tiranos europeos que anteriormente habían fracasado políticamente en su propio país.

Este desplazamiento en el punto de vista —desde las autoridades institucionales a los primeros movimientos insurgentes— supone un cambio de perspectiva necesario para concluir este interesante estudio ilustrativo de la función del festival público en la ciudad de México de una forma englobante. Curcio-Nagy cierra un ciclo de investigación académica con la consecución de la emancipación por parte de las colonias y la desaparición del aparato festivo. Su recorrido histórico ya ha llegado a su fin a pesar de que confiesa sus limitaciones para analizar, por ejemplo, el papel de la audiencia con mayor profundidad. Haciendo uso, en este caso, de los pocos documentos descriptivos con los que se cuenta en la actualidad y de una serie de ilustraciones pertenecientes a las entradas del virrey, corridas de toros, espectáculos de voladores y pirotecnia, incluidas entre las páginas 86 y 96, la autora reconoce la dificultad de abarcar un problema que sabiamente ha sabido afrontar y solventar dentro de sus posibilidades mediante la descripción de las reacciones y de la participación de un posible ciudadano colonial y de su correspondiente estamento dentro de la sociedad, y así Curcio-Nagy concluye su trabajo a la espera de que salgan a la luz manuscritos más esclarecedores.

Jorge Abril Sánchez
University of Chicago